

HOMILIA OBISPO SANTANDER de la MISA CRISMAL S. I. Catedral de Santander, 4 de abril de 2012

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Jesucristo nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (cfr. Ap 1, 6).

Queridos hermanos sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y fieles laicos:

Estamos en clima de Cenáculo. El Señor Jesús nos invita a sentarnos con Él a su mesa y nos dice: “*Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer*” (Lc 22, 15). Fue en el Cenáculo, en la tarde del Jueves Santo, donde el Señor nos dio el don inconmensurable de la Eucaristía y donde nació nuestro sacerdocio ministerial. Yo también, queridos hermanos, os invito a participar en esta Misa Crismal.

Significado de la Misa Crismal

La Misa Crismal, que el Obispo celebra con su presbiterio, y dentro de la cual consagra el santo crisma y bendice los demás óleos, es una manifestación de comunión de los presbíteros con el propio Obispo (cfr. *OGMR* 157). Con el santo crisma consagrado se ungen los recién bautizados, los confirmados son sellados, y se ungen las manos de los presbíteros, la cabeza de los Obispos y la Iglesia y los altares en su dedicación. Con el óleo de los catecúmenos, éstos se preparan y disponen al bautismo. Con el óleo de los enfermos, éstos reciben el alivio en su debilidad.

Hoy, queridos hermanos sacerdotes, renovamos un año más las promesas que hicimos el día de nuestra ordenación sacerdotal. El pueblo fiel es testigo de que asumís con gozo el don y el compromiso de seguir al Señor, de ser fieles a su llamada, porque recordáis el día en que vuestras manos olían a crisma y sentíais el amor de Cristo, que os llamó, os consagró y os envió.

Identificación con Cristo

Jesucristo, queridos sacerdotes, “*el testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra*” (Ap 1,5), “*centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones*” (GS 45), debe ser, por eso, nuestra única pasión, el centro de nuestros pensamientos y deseos. Nuestro ministerio es representación sacramental de Cristo, porque es Él quien bautiza cuando nosotros derramamos el agua sobre los neófitos, quien perdona los pecados cuando nosotros absolvemos y es su cuerpo el que hacemos presente con nuestra palabra cuando celebramos cada día la Eucaristía. Sin

Cristo, nuestro ser y nuestro ministerio se desvanecen. Necesitamos tratarlo sin prisas en la oración serena de cada mañana y en la adoración silenciosa ante el sagrario.

Pasión por el Evangelio

Como los Apóstoles, hemos sido elegidos para estar con Él y hemos sido enviados a predicar el Evangelio (cfr. *Mc* 3, 14). La misión del sacerdote sólo tiene garantías de éxito si nace de la unión y amistad con Jesús. El sarmiento es estéril si se separa de la vid. Es la experiencia de San Pablo: “*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*” (*Fil* 4, 13). La calidad de nuestra misión y actividad arranca de nuestra íntima y profunda amistad con Jesús; mientras que la bajada de tensión de nuestro vigor apostólico es signo de una amistad debilitada o mortecina.

Queridos sacerdotes: en los tiempos recios y duros que estamos viviendo no cabe el derrotismo y la angustia, si tenemos *pasión por el Evangelio*, como nos ha recordado la reciente Campaña del Día del Seminario. Tenemos que amar *apasionadamente* a Cristo. No podemos realizar la *nueva evangelización*, a la que nos convoca la Iglesia con miedos, desalientos y pesimismo. Necesitamos la energía de amor del corazón, que alimenta toda vocación en su origen y en su desarrollo. Tenemos que estar preocupados, pero siempre esperanzados, porque sabemos de quien nos hemos fiado (cfr. *1 Tim* 1, 12) y “la esperanza no defrauda” (*Rom* 5, 5).

Para el sacerdote amigo de Jesús es éste un tiempo apasionante y de gracia; tiempo de sementera de sol a sol; tiempo de poner la mano en el arado con decisión y sin titubeos (cfr. *Lc* 9, 62); tiempo de “remar mar adentro” y de echar las redes en el nombre del Señor (cfr. *Lc* 5, 4); tiempo de abrir nuevos caminos en la *pastoral de la fe*, como nos pide el Papa Benedicto XVI, en su carta apostólica *Porta fidei*.

La celebración del *Año de la fe*, el *Sínodo de los Obispos* sobre la nueva evangelización, la *Asamblea Diocesana de Laicos* y la próxima *Conmemoración Jubilar Lebaniega*, son tiempos de gracia y un *kairós*, en que Dios nos llama a todos, pastores y fieles, a una profunda renovación de nuestra fe y de nuestra vida cristiana. Estemos atentos para escuchar la voz del Señor y poner en práctica lo que el Espíritu Santo dice a nuestra Iglesia Diocesana de Santander (cfr. *Ap* 2, 7).

Renovación de las promesas sacerdotales

Queridos hermanos sacerdotes: dentro de breves instantes vamos a renovar nuestras promesas sacerdotales ante el pueblo de Dios, que se nos ha confiado. Porque somos los amigos del Señor: renovamos nuestro compromiso de vivir con finura y delicadeza el celibato apostólico por el Reino de los cielos; prometemos vivir con pobreza imitando a Jesucristo y en solidaridad con nuestros hermanos que viven hoy en pobreza a causa de la grave crisis y el paro; renunciamos a los

señores de nuestra propia vida para ponerla al servicio de los fieles, obedeciendo a Cristo, a la Iglesia y al Obispo; renovamos nuestro compromiso de amar gratuitamente, con entrañas de madre y corazón de padre, a nuestros fieles, particularmente a los pobres ya los que sufren.

Fraternidad sacerdotal

En esta mañana renovamos también nuestra *íntima fraternidad sacramental*, formando un solo presbiterio, como nos pide el Concilio (cfr. PO 8).

Quiero que sintamos presentes, especialmente, a los hermanos sacerdotes enfermos y ancianos, y a los que desde la comunión de los santos, se asocian desde el cielo o desde el lugar de su purificación, a nuestra fiesta.

Deseo que vivamos una comunión cordial y sin fisuras, aunque nuestras sensibilidades y acentos sean distintos, porque nos une la fuerza más viva de la comunión: el Señor al que todos amamos y servimos en su Iglesia. Al extender nuestras manos sobre el mismo pan y el mismo cáliz, al darnos el abrazo de la paz, nos comprometemos a vivir unidos, a preocuparnos los unos de los otros, a compartir las mismas tareas en la parroquia, en la unidad pastoral, en el arciprestazgo, en la vicaría, en el presbiterio.

Oración por los sacerdotes y por las vocaciones

Termino mi homilía haciendo una llamada y un ruego a los laicos y consagrados aquí presentes: acompañad a los sacerdotes cuando sientan el cansancio, la enfermedad, el sufrimiento y la cruz. Rezad por los sacerdotes y seminaristas, rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies (cfr. Lc 10, 2). Dirijo este ruego muy especialmente a vosotros, queridos sacerdotes, primeros protagonistas de la pastoral vocacional.

Mirad como algo propio y muy querido el Seminario Mayor y Menor; procuremos que nuestra vida sea el primer testimonio que suscite nuevas vocaciones. Os recuerdo una frase interpelante del Papa Juan Pablo II dirigida a los sacerdotes: “No faltarán vocaciones si se eleva el nivel de la vida sacerdotal, si somos más santos, más alegres, más apasionados en el ejercicio de nuestro ministerio. Un sacerdote ‘conquistado’ por Cristo (cfr. Fil 3, 12), ‘conquista’ más fácilmente a otros para que se decidan a compartir la misma aventura”.

Queridos hermanos: pongo en las manos de nuestra Madre la Bien Aparecida todo lo que acabo de decir en esta homilía y, sobre todo, confío a sus cuidados maternos vuestras vidas sacerdotales. ¡Que San Emeterio y San Celedonio, nuestros Patronos, intercedan por nosotros y nos hagan testigos de la fe en esta hora de nueva evangelización.

Amén.